

menos el barullo, el caos y la falta de orientación. ¿A dónde nos lleva este don Manuel? ¿Continuará la marcha emprendida en su primer Ministerio, ó nos precipitará de tumbo en tumbo hacia lo desconocido? Digamos con don Salustiano: *Dios salve al Rey*. A la Reina no hay que salvarla, que bien alta está en el concepto público. Si ella gobernara, tendríamos Saboyas para rato. Pero no nos caerá esa breva. Lo peor del caso es que todo esto, y principalmente lo que esta tarde hemos visto, resulta en provecho de los Borbones... Y yo pregunto á ustedes, señores republicanos tibios y calientes, señores demagogos y socialistas de la Internacional, ¿harán ustedes algo duro y hondo, algo que no sea esta labor de tontería y aturdimiento? Si no cambian de tocata, la Restauración viene; vendrá traída por todos, y principalmente por ustedes; la tendremos aquí después que armemos el gran barullo..., el gran barullo... Y si no, al tiempo, al tiempo... el gran barullo.»

Repitiendo la frase última, rutinaria mu-
letilla en él, se despidió de nosotros, y yo seguí sopesando en mi mente las palabras proféticas del sutil periodista y augur Pepe Ferreras.

XXIV

En lo restante de aquel Otoño, esta Nación sin ventura, como cuerpo en que circula sangre viciada, se llenó de granos, manchas eruptivas y forúnculos, síntomas de la enfermedad ó *gran barullo* pronosticado por Ferreras. En todo el territorio del Norte, alta Cataluña, Maestrazgo, provincias de Levante, apareció la sarna de las partidas carlistas, y tras ellas vino el picor y desazón de las partidas republicanas. No sabía el Gobierno á dónde acudir primero: aquí salía del paso ras-cándose; allá se aplicaba emolientes; nos contentábamos con ir viviendo, con ir tirando, mientras el mal estuviera limitado á la fea y desapacible afección dermatológica... Continuaban infructuosas mis diligencias para encontrar á la *Madre Mariana*. Si por una parte me dolía mi orfandad, por otra tuve algunas satisfacciones de carácter doméstico. La tranquilidad en que Obdulia y yo vivíamos se calmó con las noticias que de Villaviciosa trajeron el ordinario, y otras ordinarias personas. Lejos de mejorar, Aquilino iba de mal en peor, por la falsa soldadura de la clavícula, y aún tenía camastro para otros dos meses ó más. Eso íbamos ganando.

Con los dinerillos que dió á mi mujercita la Marquesa de Navalcarazo, por ciertas labores de aguja, y algo que yo ganaba escri-

biendo en *El Diario del Pueblo*, fundado por mi amigo Valero de Tornos, pagábamos nuestro pupilaje, y aún nos restaba para menudencias y honestos placeres. Debo decir, entre paréntesis, que en mi Obdulia se armonizaba el romanticismo con las cualidades del perfecto economista. Gracias á ella podíamos regalarnos diariamente en *La Perla*, yo con mi café, ella con su vasito de leche merengada.

Los billetes del periódico nos permitían el goce del teatro: en el Circo de *Paul* nos entreteníamos oyendo á la Williams, actriz bonita y salada que con el gracioso Rosell representaba el *Mambrú*, pieza de circunstancias llena de picardía. En el *Teatro Circo* vimos dos ó tres veces el famoso zarzuelón *Barba Azul*; en *Capellanes* nos descuajábamos de risa con la desvergonzada revista *Los prófugos de Ultramar*, sátira del escándalo de los Dos Millones que, según la gente maliciosa, afanaron Sagasta y el pollo antequerano.

Pero lo que más nos encantaba y divertía era el arte maravilloso de la célebre prestidigitadora Benita Anguinet, en *Varietades*. Titulábase la función *Los milagros de la brujería*, y como yo había sido un poco brujo hallaba singular deleite en aquel espectáculo de escamoteos, sorpresas, juego de luz y tinieblas, que confundían la mentira con la realidad. Era la Anguinet una señora simpática, gorda sin menoscabo de su agilidad: encontraba yo en ella un parecido notable con Pepita Izco, heroína de mi breve idilio mis-

tico y sensual de Durango. Por esta razón eran más calurosos mis aplausos á la mágica de opulentas carnes y sortilegios diabólicos. Una noche, estando Obdulia y yo en segunda fila, vi en la primera á mi pasado amor María de la Cabeza Ventosa de San José. Estaba con Alberique. A la salida nos miraron con desdén olímpico, como diciendo *adiós pobreza*. Les pagamos en peor moneda, riéndonos descaradamente de su inflado empaque burgués.

Entrado ya Diciembre, el buen pueblo republicano de Madrid agregó al interés de los teatros un motincillo callejero, nuevo síntoma de la grave dolencia hispana. Hallábase una noche deliberando la *Junta Suprema del Consejo de la Federación Española*, cuando sonaron tiros en la Puerta del Sol. ¿Qué ocurría? Que los Comités de los distritos habían acordado, por sí y ante sí, lanzarse á la calle. Corrióse la trifulca á la Plaza de Antón Martín, tradicional baluarte republicano, y allí fué sofocada por las tropas que llevó el General Pavia. Entre los revolucionarios figuraban el famoso *Espiga*, el comandante Decref y Carlos Caro, Cerrudo y otros paisanos. Hubo bastantes heridos y un solo muerto, el lacayo del coche de Ruiz Zorrilla, víctima inocente del celo de un diputado, señor Boceta, que se empeñó en recorrer el *campo de batalla* en el propio carruaje oficial del Presidente del Consejo.

Los treinta y cinco prisioneros de aquella descabellada intentona fueron puestos en li-

bertad á la mañana siguiente... A mi parecer, produjeron aquel fugaz movimiento *Las Hojas Revolucionarias* que, á falta del periódico *Tribunal del Pueblo*, publicaban mis amigos de la calle de la Montera. Entre aquellas *Hojas* obtuvo enorme circulación la titulada *El Rey se va*, escrita por la propagandista republicana Modesta Periú. No era ella la única hembra que valerosamente luchaba por la Causa, pues otra, llamada Guillermina Rojas, anduvo á tiros con las tropas de Pavia en la plaza de Antón Martín.

A los pocos días de esta zaragata, los buenos y sencillos revolucionarios se las prometían muy felices. Hallándome yo una noche en la redacción de *El Diario del Pueblo* escribiendo mi *Crónica del día*, vino á darnos plática un amigo, jovenzuelo y candoroso, el más activo satélite de don Juan Contreras y del *Consejo Federal*, que forjaba los rayos de la revolución. «Ya la tenemos armada, querido Tito—me dijo con sigiloso misterio.—Ahora va de veras. Será cuestión de días el triunfo de la República Federal. Sevilla, Barcelona, Cádiz, Cartagena, están á punto de pronunciarse. La *Junta Suprema* y los prohombres han discutido largos días, triunfando al cabo la idea del levantamiento general. Esto que te digo lo sé por el propio García López...»

«Puedes estar seguro, como si lo hubieras visto, de que anoche salió para Andalucía Nicolás Estévanez. ¿Crees que va de paseo ó á echar discursos? No, chico. Lleva la sagra-

da misión de cortar todos los puentes de Despeñaperros, de levantar partidas, sublevar las poblaciones de Linares, Andújar, Bailén, La Carolina, cerrando al Gobierno toda comunicación con las plazas de Andalucía. Tú conoces á Estévanez; comprenderás lo que puede esperarse de su capacidad y audacia. Nicolás es el águila de las guerrillas. No te digo más... Dentro de algunos días podremos decir, no *El Rey se va*, como nuestra brava heroína la Modesta Periú, sino *El Rey se ha ido*. Día de júbilo tendremos. ¡Con qué gusto veré partir á don Amadeo, al Dragnetti, y á los rufianes que ha traído de Italia para sus trapicheos amorosos! Lo sentiré tan sólo por la Reina, francamente lo digo. Esta doña María Victoria es tan buena y simpática que no parece Reina, sino una señora cualquiera. Yo me quito el sombrero al verla pasar, y le perdono el ser italiana. Ya sabes que cría á sus hijos. Me consta que este verano, paseando por las inmediaciones del Escorial, encontró un niño abandonado que chillaba pidiendo teta. Pues lo recogió y le dió de mamar, no con biberón, Tito, sino á sus propios pechos. Tú que sabes tanto de Historia me dirás si has leído algún pasaje de reinas ó emperatrices que hayan hecho esto...»

Tomé nota mental de los cuentos que me trajo aquel majadero inocente, y seguí observando los acontecimientos que marcaban la fiebre y el creciente malestar de la Madre España. Entre domésticos goces y fáciles trabajos transcurrieron los días de Diciembre,

hasta la placentera semana de Navidad y Año Nuevo, que fué para nosotros alegre y descansada por lo que voy á referir. Se hospedó en nuestra casa por pocos días un rico labrador toledano, residente en Bargas, que nos invitó á pasar las fiestas en su campestre vivienda, holgona y bien abastada de cuanto ha menester la vida. Aceptamos con gratitud, y allá nos fuimos con él en un galerín que salía de la Cava Baja. En el viaje y en el pueblo todo nos pareció delicioso: el campo totalmente desnudo de árboles, nos encantaba; la morada de nuestro amigo y anfitrión se nos antojó palacio principesco; cuanto veíamos era reflejo del gozo de nuestras almas.

En don Casiano vimos el más cumplido, el más gallardo y obsequioso hidalgo campesino; en su mujer, doña Dulce, la más bella, la más airosa y afable dama labradora de estos reinos; en sus cinco niños cinco ángeles que reproducían la hermosura y simpatía de sus padres. La casa, enorme y toda de planta baja, era el ideal de la humana vivienda: anchurosas estancias, patios y corrales poblados de alimaña volátil y de toda cuatropeda cerdosa, ovejuna y caballar. Completo la figura del gran don Casiano diciendo que militaba en el republicanismo federal, y que tanto en él como en su linda consorte reconocimos las ideas más amplias y generosas. Estábamos, pues, Obdulia y yo en el Paraíso terrenal, y nuestra única pena era que antes de Reyes tendríamos que salir de él.

No hay que hablar de la opulencia de las

comidas, del diario consumo de pollos, palomos, conejos y cabritos. Lo que digo: aquello era más que el Paraíso, era Jauja. Tenían los niños, en una de las principales habitaciones, un magnífico Nacimiento con la mar de figuras, montañas de corcho, nubes de algodón, sin fin de pastores, Reyes Magos, y un escuadrón de Húsares. Obdulia, que era maestra en artes infantiles, les completó la decoración con ramaje de carrascas, un lago cristalino, en que patinaban elefantes y camellos, y un ferrocarril que comunicaba el Cielo con la Tierra. La Nochebuena, iluminado el altarejo con innumerables candelas, brillaba como ascua de oro. Niños de la vecindad agregados á los de casa, nos regalaron con el concierto angélico de panderetas, zambombas, rabeles, cánticos y alilíes de entusiasmo.

A la mañana siguiente los ciegos, que recorrían el pueblo cantando villancicos, vinieron á la casa, donde se les aseguraba copiosa limosna. Eran mendigos astutos y oportunistas que variaban el sentido de sus coplas, acomodándolas á las ideas de las personas cuyo aguinaldo requerían. Y como el buen Casiano gozaba en toda la comarca fama de republicano ardiente, los ciegos cantaban de este modo el natalicio del Hijo de Dios: *Camina la Virgen pura — con San José liberal — para el Santo Nacimiento. — República Federal.* Venía luego el estribillo, que era el *Me gustan todas*, con música de *El joven Telémaco*.

Otras coplas copio que nos hicieron mucha gracia: *En la mitad del camino — iba San José cansado. — Fué á llamar á una posada — y le salió un moderado. — A otra posada llamó, — ya fatigado de andar, — y le dijo el posadero: — entra, Pepe federal.* Por aguinaldo recibieron, con la calderilla, un pan y un chorizo por barba. En la calle les encontré luego, cantando también en forma libre para halagar al pueblo cuyas ideas liberales conocían: *Vinieron los pastorcitos — á besarle pies y manos; — Jesucristo muy contento — porque eran republicanos.* Me contaron que en la casa del párroco, tachado de carcunda, cantaban así: *Viva Jesús Nazareno, — juez de nuestra Religión. — Viva Jesús Nazareno — y don Carlos de Borbón.* Frente al cura, como en todas partes, terminaban con el estribillo: *Me gustan todas, — me gustan todas, — me gustan todas — en general...*

Con la llegada de los Reyes Magos, día triste para los escolares, nos despedimos de nuestros espléndidos anfitriones. Trance amarguísimo era dejar las ricas ollas, y el trato exquisito de doña Dulce, su digno esposo y agraciada prole. Pero no había más remedio. Proponiéndome yo no volver á Madrid sin pasar unos días en Toledo, para que Obdulia pudiese dar un vistazo á la Catedral y demás monumentos, el propio don Casiano nos llevó en un cochecillo á la Imperial Ciudad, instalándonos en la Posada de la Sangre, donde nos pagó una semana de hospedaje. Hombre tan bueno y dadivoso despertaba en mí tal

admiración y gratitud, que hube de considerarlo como un enviado de Dios.

El tiempo húmedo y ventoso no nos estorbó para recorrer y registrar las maravillas toledanas, desde la inmensa Catedral, relicario de todas las artes, hasta los últimos rincones arqueológicos, como el Cristo de la Luz y el Cristo de la Vega. Rendidos de nuestras caminatas por las empinadas y torcidas calles, nos acogíamos á nuestra Posada, al amparo de la sombra del amigo Cervantes. Una noche, cenando en anchurosa cuadría junto á la cocina, vi á la *Madre Mariana* que hacía por la vida en una larga mesa, poblada de arrieros y caminantes. Dos mujeres estaban á su lado, y todos los comensales departían alegremente. Con respeto supersticioso me acerqué á la Señora y le besé la mano. Ordenó ella que Obdulia y yo nos agregáramos á su compañía, y así lo hicimos gozosos. «Celebro encontrarte, querido Tito — me dijo. — Aquí me tienes descansando en esta ciudad que es uno de mis solares predilectos. Me distraigo rememrando cosas de tiempos muy lejanos. Es dulce y confortante hacer revivir los Concilios de Toledo, las cuitas del Rey Sabio, el Rito Mozárabe y charlar con los cardenales Mendoza, Cisneros, Ciliceo, Carranza, y con mis buenos amigos Juan Guas y el Greco.» Oyendo á la Señora creí encontrarme en los senos vaporosos de un mundo quimérico. Las dos mujeres que acompañaban á la divina Clío atrajeron poderosamente mi aten-

ción. La una, bella y altiva en su madurez, era la mismísima Viuda de Padilla; la otra, joven y bonita, Santa Leocadia... Entre los hombres, todos de vigorosa complexión goda ó castellana, de rostros enjutos y tallas procerosas, vi al Rey Wamba, á San Ildefonso, á Jiménez de Rada y Jiménez de Cisneros, á Illán de Vargas, al Pastor de las Navas, y á otros, extranjeros españolizados, que eran sin duda Copín de Holanda, los Borgoñas y Theotocópuli. También creí reconocer al poeta Garcilaso y al comunero Padilla.

XXV

Cenamos diferentes manjares castizos; se obscureció la estancia, y al volver en tropel á nuestros dormitorios, *Mariana* me estrechó la mano diciéndome: «Descansa un poco, que en el primer tren de mañana nos iremos á Madrid. No sé si sabrás que está á punto de estallar un huracán político por susceptibilidades y resquemores de los caballeros de Artillería. No te digo más por esta noche...»

En efecto, reunidos en el tren, á temprana hora, *Mariclio* prosiguió de esta manera sus graves informes: «El ventarrón nos ha venido por el nombramiento de don Baltasar Hidalgo para el mando de una división en el Ejército del Norte ó de Cataluña... no estoy bien segura: lo mismo da. Recordarás la parte que se atribuye á Hidalgo en los trágicos acaeci-

mientos del cuartel de San Gil (1866). Fuera ó no culpable el entonces capitán de Artillería, sus compañeros le tomaron entre ojos. Apartado del Cuerpo, Hidalgo ha prestado servicios en Cuba; ha merecido y obtenido ascensos: hoy es Mariscal de Campo, sin que sus compañeros de Arma hayan protestado de verle en tan alta jerarquía. El disgusto de ahora se funda en que los artilleros no quieren ser mandados por don Baltasar. Distantemente de Madrid he formado el juicio de que esto es un aparato político para derribar al Gobierno y poner en graves apreturas al pobre Amadeo. Sé que los llamados Constitucionales andan en este enredo y que los oficiales de Artillería se reúnen nocturnamente en casa de Ulloa. Pronto se sabrá la verdad. Hoy se abren las Cortes, allí parirán estos montes y veremos si sale ratoncillo inocente ó dragón infernal.»

Mientras hablaba la Señora examiné á las dos mujeres que iban en su compañía. Ya no vi en ellas las poéticas facciones de la viuda de Padilla y Santa Leocadia, sino antes bien, vulgares rostros de dos criadas, que al propio tiempo eran marisabidillas capaces de escribir al dictado sendos tomos de Historia. Con una de ellas charlaba *Obdulia*, refiriéndole sus impresiones de Toledo, y la otra me dió noticias del nuevo incendio de guerra civil en el Norte y Cataluña. Las facciones de Guipúzcoa, mandadas por Lizárraga, pisoteaban el *Convenio de Amorevieta*; Durango ardía en pasiones belicosas; Pepita Izco, olvi-

dada de mí, bordaba banderas para los batallones de la Fe, y mi amigo Choribiqueta, dando de mano á su atavismo, presentía ya que podían caber dos epopeyas dentro del espacio de un solo siglo. Horizontes teñidos de sangre cerraban la vista por el Norte y parte de Levante. La pobre España, arrullada en los brazos de la Fatalidad, aguardaba su sentencia de muerte ó vida con expectación pavorosa.

Al llegar á Madrid, *doña Mariana* concertó conmigo lugar y ocasión para comunicarnos; podía yo prestarle ayuda en la grave crisis que el Destino elaboraba en su profundo taller histórico. Conforme á estas advertencias, una mañana, entrado ya Febrero, me llamó á la casa del reverendo sacerdote don Hilario Peña, á quien hallé trabajando en su biblioteca, algo aliviado de la gota, metido en el laborioso afán de terminar su magna obra del *Clero Mozárabe*. Frente á él, en la misma mesa atestada de librotos y papeles, escribía rápidamente la *Madre Mariana* en largas hojas de papel pergaminoso. Apenas me acerqué á ellos para saludarles, vi entrar á *Graziella*, trayendo servicio de café con leche y tostadas para los dos, mejor dicho, para los tres, pues me invitaron á participar de su desayuno. Entraba y salía la ninfa, diligente y cuidadosa, como ama de llaves sobre quien pesa el gobierno de una casa. No hablaba más que lo preciso. Pasado un rato, cuando el cura, la *Madre* y yo hablábamos de los asuntos públicos, reapareció con ba-

yetas calientes para defender del frío las piernas y pies de su amado señor.

«Hemos sabido—me dijo la *Madre*—que el Rey de Italia ha escrito á don Amadeo ordenándole que á todo trance se sostenga en el trono, para lo cual es indispensable que se ponga al lado de la oficialidad de Artillería, y que no consienta la disolución de un Cuerpo tan noble y fuerte. Tenemos, pues, que Amadeo se coloca frente á su Gobierno. Si prevalece el criterio del Rey, veremos á Ruiz Zorrilla y á sus radicales hechos polvo. Volverá el Duque, volverán los unionistas con los resellados del progreso. ¿Qué ocurrirá después?... Ven acá, *Graziella*: tú, que eres el numen de la nueva Italia, traído á nuestra tierra como un soplo vivificador, dinos lo que te inspiran tus hermanas las ninfas del Arno y Tíber.»

La vivaracha *Graziella*, que en aquel momento acababa de poner bajo los pies de don Hilario una estufilla con brasas de carbón de encina, apoyó sus codos en la mesa, y en el tono jovial y picaresco que tan bien se armonizaba con su liviandad, nos dijo: «Victor Manuel teme á los Carbonarios, teme á los sectarios de Mazzini y á los venecianos que han heredado las doctrinas de Manín. No quiere que se pase más allá de la Monarquía democrática. Le asusta la República; cree que si su hijo flaquea en España y se deja arrollar por el radicalismo, tengamos aquí un ensayo de Gobierno popular con gorro frigio. La dichosa monterita es para él como para

mí la mala sombra, la *getattura*. Le dice á su hijito que se arrime á los cañones. Sin cañones no se puede vivir. Lo mismo pienso yo, que también soy de artillería. Como venga el gorro colorado, el Rey *galantuomo* ve perdido el trono de Portugal, donde tiene á su hija María Pía, perdido el trono de España, en peligro también el suyo, aunque asentado en la popularidad.

—Si es verdad lo que nos cuenta esta loca —dijo don Hilario,—tenemos resuelta la cuestión. El Rey se va con los caballeros de Artillería; Zorrilla y Córdoba se meten en sus casas; vuelve el Duque... Resulta que aquí siempre estamos lo mismo. Entran y salen los eternos perros sin tomarse el trabajo de cambiar sus collares.

—Lo que yo veo, mi buen don Hilario—dijo *Mariana*,—es que aquí andan sueltas todas las pasiones menos la del patriotismo, única pasión que da salud y vida á los pueblos enfermos. Ya sabemos quién es el Ginés de Pasamonte que mueve los hilos de este retablo. Al pobre Amadeo le ponen en un dilema de mil demonios: de una parte su juramento de Rey constitucional; de otra la conservación de un trono que unos y otros han convertido en mueble de guardarropía. Aquí despuntan acontecimientos dignos de mí. Graziella, sácame del arca grande mis borcuíes de tacones de plata...»

En la segunda visita que días después les hice, me recibió Graziella sola, luctuosa y suspirante. Don Hilario estaba en cama, con

ataque agudísimo. *Doña Mariana*, que había salido á sus menesteres y á visitar á sus hermanas, no tardaría en volver. Decidíme á esperarla para comentar con ella el suceso corriente. Las Cortes habían discutido la disolución del Cuerpo de Artillería, aprobando la conducta del Gobierno por ciento noventa y un votos.

«*Gettatura, gettatura*—exclamó la ninfa, llevándose las manos á la cabeza.—¡Los ciento noventa y uno que le trajeron, ahora le despiden!» Desapareció la hechicera voluble y yo me quedé solo en la biblioteca, sin otra distracción que leer los tejuelos de los libros y curiosear en los rimeros de papeles. Llegó *Mariclio*; hablamos un rato; volvió á salir presurosa... No sabré dar medida del lapso de tiempo que permanecí solito en la silenciosa estancia. Anocheció; me adormecí en la holgada blandura de un sillón. Conservo la vaga idea de haber visto á Graziella entrar con una triste lamparilla de catacumbas. La tenue claridad nocturna se fué trocando en luz de claro día, y cuando mi cerebro se despejó de las nieblas del sueño, advertí con espanto que no estaba en la biblioteca del docto don Hilario, sino en la quimérica gruta de aquella casa del número 16, tragada por la tierra en Maravillas ó Monte León. Entró la diablesa itálica desgrenaada y en paños menores á traerme café con leche; y poco después llegó *doña Mariana*, de cuyos labios, para mí divinos, oí la grave relación que á la letra copio:

«El nudo se ha roto ya, y á estas horas el arduo conflicto artillero ha pasado al montón de los hechos consumados. Las consecuencias serán por algunos bien vistas, por otros lloradas... Los jefes y oficiales, doloridos por el agravio que á tan noble Cuerpo se infería, presentaron, como sabes, solicitudes de cuartel, retiro ó licencia absoluta, según la situación de cada uno. Como era natural, el Gobierno las admitió. Paralelamente á esta indisciplina moral de los ofendidos, los Generales palatinos Gándara, Rosell y Burgos, en connivencia y contacto secreto con Serrano Bedoya, el Duque de la Torre y todo el patriciado constitucional, preparaban un acto de audacia política que bien podría llamarse *golpe de Estado*. Del Rey te diré que patrocinaba el movimiento conforme á las ideas, planes y temores de su señor padre. La Casa de Saboya se asusta del radicalismo y pretende afianzar en las dos penínsulas la Monarquía democrática.

—Ya lo sabemos, *Madre*—dije yo.—El numen italiano no quiere cuentas con la República. Víctor Manuel cree que está lejos aún la emancipación de los pueblos latinos.

—Así es, hijo mío—prosiguió *Mariana*.—La conjura para sacar triunfante al Cuerpo de Artillería no vacilaba en rebasar los límites de la prudencia. No bastaría derribar al Gobierno radical; era forzoso barrer el Parlamento, en cuyo seno convulso *ciento noventa y un* votos aprobaron la reconstitución

del Arma de Artillería, elevando á los sargentos á la categoría de oficiales y substituyendo los jefes con individuos técnicos de otros Cuerpos. Para dar eficacia positiva al pensamiento de los conjurados se acordó el siguiente plan: Enganchadas las baterías en el cuartel de San Gil y en el del Retiro, con su oficialidad y jefes naturales á la cabeza, saldrían á la calle con la marcialidad que es de rigor así en las paradas como en los pronunciamientos. Los de San Gil debían detenerse en la puerta del Príncipe, donde se les incorporaría el Rey con el escuadrón de su Escolta. Dado este paso, ¿qué faltaba ya? Seguir adelante, disolver las Cortes y crear la dictadura interina, de donde saldría un nuevo artificio constitucional, impuesto por las circunstancias... Preparado estaba ya todo cuando llegó de Palacio la contraorden. No había nada de lo dicho. A desenganchar. Quedaron los soldados en su ordinaria vida de cuartel y los jefes y oficiales se acogieron al descanso de sus casas.

—Ya me figuro el reverso de la escena, señora *Madre*; mejor será decir que lo adivino. Con el fuerte apoyo que le daba la confianza de las Cortes, Ruiz Zorrilla llevó á la sanción del Rey el Decreto reorganizando el Cuerpo de Artillería, y don Amadeo... fué débil...

—Débil no, querido Tito. Fué consecuente con los compromisos que le impuso su dignidad al venir á España. Reflexionó; hizo exploración de su conciencia; puso fin con

solemne arranque á sus veleidades y ligerezas. Recordó su juramento ante las Cortes. Sus ojos vieron en letras de fuego las palabras memorables con que expresó su propósito de *no imponerse á la soberanía de la Nación*, y firmó.

—Y ya tenemos á los sargentos en los puestos de los oficiales. Me da en la nariz que algunos de los agraviados ofrecerán sus servicios á Carlos VII.

—Así será, hijo mío. La Nación está en presencia de graves turbaciones y luchas sangrientas. Para salir viva de ellas necesita sacar de su sér el poder anímico que hoy parece adormecido. Fracasada la conjura de los constitucionales, la rabia del pataleo les inspira resoluciones sumamente cómicas. Entérate de esto: la Duquesa de la Torre ha dimitado su cargo de Camarera Mayor de la Reina, y el Duque renuncia á todos sus empleos, títulos y condecoraciones. La figura de Amadeo se ha crecido á mis ojos. Presumo que en su mente germina y florece la idea de la abdicación. ¿Estamos frente á un acontecimiento digno de mí?»

Sorprendido quedé viendo el arrogante ademán con que *Mariana* se levantó de su asiento. La sorpresa fué pasmo y admiración cuando la vi transfigurada de vieja caduca en matrona gallarda, de rostro helénico y figura escultórica. Temblé de emoción al oír el vibrante sonido de su voz, pronunciando este imperativo llamamiento: «Graziella, ven; ha llegado mi hora. Saca del arcón mi clámide

más hermosa. Tráeme la diadema y el coturno... ¿No entiendes, tonta?... Mis borceguíes de tacones de oro.»

XXVI

Con potente acción de mi voluntad sobre mis sentidos logré desembarazarme de aquel mundo quimérico, y me restituí á la vida normal, volviendo á mi casa y á la comunicación afectuosa con mis amigos. Valero de Tornos, alfonsino, y Ramón Cala, republicano, me llevaron al Congreso, y en pasillos, tribunas y Salón de Conferencias noté agitación y vocerío que me recordaban *el gran barullo*, pronóstico de Ferreras. Por aquel cálido y tempestuoso ambiente corría como centella esta frase luminica: *El Rey abdica*. Pepe Ferreras, que por su autoridad y claro sentido de las cosas formaba corrillo en cuanto hablaba, puso el paño al púlpito y nos dijo: «Don Amadeo se va; don Amadeo vuelve la espalda á este pueblo de orates y nos deja entregados á nuestras propias locuras. No creáis, como algunos dicen, que á la Reina le cuesta trabajo desprenderse del Trono español. Es todo lo contrario.» Como sobre este punto se moviera ligera discusión en el corrillo, el buen zamorano, mascando un puro rebelde al fósforo y á las quijadas, prosiguió así:

«Por una dama discretísima, la más afecta